

GÉNOVA

De Marsella á Génova. ¿Pero cómo pasar por *Niza*, como por *Mónaco* y *Montecarlo* sin asomarme á ellos?

Bastante es, para sufrir el suplicio de Tántalo, el haber pasado de largo por el mediodía de Francia sin haber podido detenerme á examinar la huella del pie romano, para seguirla desde Nápoles hasta las ruinas de Itálica en Sevilla; bastante es el ver pasar ahora en este trayecto á *Tólon*, cuna de la gloria de Bonaparte, sin detenerme siquiera dos horas. Vamos, pues, á *Niza*; pero veamos, aunque sea de paso, ese pequeño golfo Juan Vallauris, en cuya costa se distingue una columna blanca. Allí desembarcó y pasó la noche Napoleón á su regreso triunfal de la isla de Elba; allí fué donde, al pisar el territorio francés, que se estremejó al sentirlo, se arrancó del alma, para hundirla en la de los franceses, aquella proclama con alas de fuego que se hizo legendaria :

« *La victoire marchera au pas de charge, et l'aigle, avec les couleurs nationales, volera de clocher en clocher jusqu'aux tours de Notre-Dame.* »

Allá queda *Hyères*. ¡*Hyères!* ¿No es la patria de Massillón el gran orador sagrado que enfundía en su palabra todo el calor y la vida que otros oradores infunden en su voz y en su actitud y en sus ojos?

El hablaba inmóvil, con los ojos cerrados. Toda la luz que había entrado por ellos salía sólo por su boca, después de bañarse en su espíritu resplandeciente; compenetraba su palabra serena; fulguraba en las vibraciones de su voz; iluminaba los corazones. El pueblo recogía esa irradiación del pensamiento, tanto con los oídos como con los ojos absortos y los labios entreabiertos. La palabra del orador flotaba en el silencio; en los intervalos que mediaban entre los grandes periodos, el auditorio respiraba con fuerza, hacia acopio de aliento para el tiempo en que tenía que contenerlo...

Ya hemos dejado atrás la patria de Massillón. El paisaje se ensancha; el mar de la derecha, azul y espléndido, envuelve en círculos de espuma las rocas negras de la costa; los árboles trepan hasta la cumbre de los montes cercanos de la izquierda. El cuadro es más vario y más brillante á izquierda: arboles, plantíos, caserios pintorescos en los pe-

queños valles; castillos y construcciones hermosas en las cumbres, notas blancas y graciosas que salpican el extenso diapasón de los matices del verde.

¿Porqué entonces todos los viajeros se asoman al balcón del tren y miran largamente á la derecha?

Es la misteriosa atracción del mar, de lo azul sin límites; de aquella ola que asoma blanca, rueda y se hunde en el elemento que la engendra, para dar paso á otra y á otras mil que apuntan y desaparecen. Y todas vienen al fin á formar un encaje en la playa, á desaparecer en burbujas que estallan, ó á acurrucarse silenciosas bajo las piedras negras.

Es la atracción de lo vago y lo infinito: de lo que es ansia, esperanza sin objeto fijo, recuerdo sin imagen sensible, impulso sin rumbo, actividad sin empleo.

Es la persistencia en el alma humana de una sensación grande que permanece en ella por no haber cambio en el objeto que la produce; es algo que, en mi sentir, es el simbolo más perfecto de la eternidad del goce, una vez obtenida por el hombre la intuición directa de Dios en el sentido de amor, ó de la triste eternidad de la amargura, una vez obtenida la intuición del soberano Bien en el sentido de odio. El objeto es inmutable, incommovible: su efecto en nuestra alma será también invariable, eterno.

Los cambios en la voluntad humana, sólo se determinan por cambios en el objeto que la mueve.

¡Y Dios no se muda! Y el odio á Dios es separación de lo que debe estar unido, disgregación, fuego eterno!

¡Oh mar! ¡Oh eternidad!

Tempus fugit.

Niza aparece, y bajamos del tren.

Ciudad hermosa, llena de luz; amplias calles tiradas á cordel y rodeadas de jardines; no se ven en ella las vías tortuosas y estrechas que, en las demás poblaciones de Europa, son, como los arroyos tributarios de los grandes rios, pobres tributarias de los espléndidos *boulevares*. En *Niza*, todas las calles tienen aire, luz, limpieza y casas de recreo; las flores y el aire perfumado y el cielo azul son aquí patrimonio común; todos son ricos.

En la *Jetée des Étrangers*, asistimos, en el lindo teatro del establecimiento, á un concierto instrumental. El edificio, construido sobre el mar con esplendidez, es el punto de reunión de los extranjeros. Pero vámonos; esto es sólo divertido. ¡Y es tan tonto el darse uno el trabajo de viajar sólo para divertirse!

¿Pasaremos la noche en Mónaco?

Hagamos ese trayecto: describamos, pues así lo quieren los rieles que siguen las curvas de la costa, una línea sinuosa á orillas mismo del mar. El arbolado de los cerros se hace cada vez más tupido y

espléndido; toda esta cornisa hasta más adelante de Ventimiglia, es hermosísima; el tren es un calidoscopio gigante. Como va siguiendo la orilla del mar, bordea las pequeñas ensenadas de la costa; y así se ven los castillos, y chalets, y caserios de los verdes promontorios que entran en el mar presentar sus diversos aspectos como si giraran lentamente sobre un eje. En el magnífico arbolado de la izquierda asoman entre los árboles, para desaparecer de nuevo entre ellos, palacios, caserios, casitas aisladas; parece que todo el continente se asoma allí para mirar el mar desde el bosque ó desde las puntas de tierra que se adelantan en él.

El tren corre desatentado dando silbidos de vez en cuando, y respirando jadeante. El sonido metálico y monótono de ruedas y ejes y cadenas se hace á intervalos sordo, cavernoso, pero más potente, y quedamos á obscuras y aspirando un aire impregnado de olor á humedad, vapor y humo de carbón. El tren atraviesa un túnel, y las funciones de su organismo de hierro parece que se apresuran, que corre buscando aire como una bestia que se ahoga, y forceja desesperada para salir á flote: crujen hierros, se arrastran cadenas, se oyen como las pisadas de un galope desaforado en un suelo hueco. La locomotora no se siente bien allí; va sofocada, furiosa; ama el aire, la libertad.

Comienza por fin á ampliarse el ruido, como si fueran destapando poco á poco una boca en que han estado ahogando la voz. Vese resbalar un reflejo lejano de luz intermitente en las paredes de

pedra que corren casi pegadas á las ventanillas. Silba la máquina, y entra un torrente de claridad, y una ráfaga sana de aire libre que se aspira con avidez.

Otra vez á orillas del mar.

Y luego otro eclipse, y otro, y ciento. El tren allí va jugando al tira y afloja con la luz: parece que abre y cierra los ojos; es una pieza perseguida en el bosque por lebreles invisibles que jamás la alcanzan: entra en un matorral, y vuelve á correr por el llano, para sumergirse de nuevo en la espesura.

Llegamos á la pequeña ensenada cuya herradura ocupan *Mónaco y Montecarlo* en los dos extremos, extendiéndose hasta unirse en el centro.

Las perspectivas son hermosas en todas direcciones.

La tarde va cayendo, y subimos lentamente, desde la estación, la cuesta que termina en la esplanada en que se levanta el *Cercle des Etrangers*, rodeado de espléndidos hoteles.

Nos alojamos en uno de estos para pasar la noche; y, mientras llega la hora de comer, nos dirigimos al palacio real de Su Majestad el Juego.

Magnífico es el vestibulo sostenido por columnas dóricas y decorado con brillantes pinturas; puertas á la izquierda y á la derecha, que indican la entrada y la salida de los salones de juego.

Estos son numerosos y divididos entre sí por

grandes arcos : todo ricamente decorado : pinturas murales ligeras y transparentes, chapiteles y artesonados dorados.

En el centro de los salones, amplias mesas con tapete de paño verde, rodeadas de gente de ambos sexos; quiénes están sentados, quiénes de pié mirando el tapete con ojos ávidos y adelantando las cabezas por entre las de los primeros. En los sofâes de las paredes ó discurriendo por los salones, hombres y mujeres, mujeres sobre todo, unas con bolsas llenas de dinero en las manos, otras mirando las bolsas ajenas por si se presenta la ocasión de hacerlas propias.

En el centro de las mesas está el banquero; frente á él, el que cobra y paga y que, con una especie de garfio ó pala de madera que introduce entre las monedas y billetes, hace la liquidación de cada jugada en un minuto, con destreza de prestidigitador.

Messieurs, dice el banquero con voz mecánica, impertérrita, que parece voz de oboe ó de registro bajo de clarinete : *Messieurs, faites le jeu.*

Messieurs, le jeu est fait? Y los concurrentes van colocando en silencio piezas de oro acá y allá sobre el tapete verde : unos cuatro, otros diez, otros quinientas ; millares de francos.

Le jeu est fait : rien de plus! dice el banquero que tira la cartas con gran limpieza.

En un segundo el tapete queda vacío.

Unos han ganado, otros perdido ; pero nada revela su impresión ; es necesario desenterrarla de

los músculos de la cara del jugador, de su siniestra impasibilidad, análoga al aspecto de dulce manse-dumbre que suele tomar el gato martizado que achica la pupila, echa hacia atrás la oreja, maulla suavemente y crispa la garra, barriendo el suelo con la cola esponjada.

Esa excavación hecha en el hombre hasta dar con el alma, sería por cierto muy interesante aquí. Los individuos se prestan á las mil maravillas; nadie se preocupa del que está á su lado, y se puede hundir en cada uno de ellos sin insolencia la mirada.

Me hicieron notar un sofá recién tapizado en un ángulo del gran salón de juego : se trataba de un pequeño perjuicio ocasionado á la empresa en aquellos dias por una dama rusa que, después de haber perdido cuarenta mil rublos, se retiró de la mesa, se sentó en aquel sofá, y se dió un tiro en la cabeza. Fué, pues, necesario cambiar el tapiz del mueble, que quedó en mal estado.

El incidente, por otra parte, casi entorpeció una partida.

¡Matarse allí cuando la tradición de la casa es salir del salón y colgarse en otra parte sin molestar á nadie!

Después de mirar el sofá, volvi á acercarme á las mesas; las caras que las rodeaban me parecían máscaras de cera; aquellos grupos me causaban, francamente, una impresión penosa.

Los vastos salones están casi en silencio; la gente habla poco y en voz baja; se escucha solo el chirrido áspero de los aparatos de la ruleta al hacer su movimiento de rotación, ó la voz de clarinete del banquero, ó el sonido de las monedas al ser arrastradas sobre el tapete. Y el hervor de colmena de los jugadores que se consultan en voz muy baja. El ruido de los pasos de los que andan se ahoga en las magníficas alfombras; parece que la genta entra en una casa mortuoria; al acercarse á la mesa del juego, parece que se acerca al muerto; se aproxima seria, silenciosa.

¡ Con qué devoción están los hombres en ese templo! ¡ Qué respeto mútuo! Allí nadie protesta aunque no se dé cuenta de por qué ha desaparecido, en un abrir y cerrar de ojos, su dinero puesto en el tapete; todos son devotos. Las deudas de juego se llaman, entre todas las otras, *deudas de honor*, como se llama *campo de honor*, entre todos los campos, el terreno del duelo. Y esos son dogmas entre muchas gentes que no creen en Dios ó que blasfeman de Él.

Sigamos viaje, que estamos en la mañana de otro día.

El tren continúa por la cornisa : túneles y túneles.

Hémos ya en la línea divisoria entre Francia é Italia,

Ventimiglia : estamos en Italia.

¡ Oh! La reconozco bien. El tipo general, los trajes, las actitudes, el modo de accionar y hasta el de emitir la voz, todo dice, aún sin oírse la palabra articulada, que estamos en otro país, y en un país que no puedo confundir con otro alguno.

Siento un movimiento de viva simpatía : me parece que me he acercado á mi tierra, que llevo al puerto de Montevideo, poblado de barqueros genoveses. Y además, es indudable que hay algo característico en el italiano, que inspira confianza y cariño.

¡ Qué fenómeno tan complejo el de las diversas nacionalidades que pueblan la tierra!

Hemos salvado sólo una línea imaginaria y todo cambia fundamentalmente.

Los empleados de la estación con vistosos uniformes; aquel *bersagliere* que allí cruza con su matorral de plumas negras y brillantes le que caen hasta el hombro desde el elegante sombrero de hule; aquel grupo de mujeres del pueblo, muchachas la mayor parte, de tipo franco, abierto como la lengua que hablan; todo es nota original de color que forma la mancha llena de nuevo carácter que se ofrece á mis ojos.

Las bocas de esas mujeres están hechas, sin duda alguna, para dar salida á esas simpáticas *aes* de la lengua italiana, abiertas, llenas de aliento, que brotan de muy adentro sin obstáculo gutural ni nasal, melodiosas, dulces, llenas. Esos obreros de pecho velloso descubierto y nervudo brazo, son los que Italia ha enviado por millares á nuestra virgen tierra sedienta de sudor humano y dispuesta

á remunerarlo agradecida, pues tiene el tesoro de su porvenir. Viejos amigos.

Entremos, pues, en Italia; bebamos en nuestro primer almuerzo un frasco de vino de esos de vidrio transparente y fino, de vientre redondo y cuello sutil, que parecen arañas sin patas, con el abdomen envuelto en paja, y entremos en Génova, el primer puerto comercial de Italia.

Génova exige una visita detenida. Se la haré de tres ó cuatro días y te escribiré algo.

GENOVA

Es claro que, en Génova, es preciso ver, en primer término, el cementerio.

Está fuera de la ciudad y situado en un pequeño plano completamente cerrado por hermosos cerros en uno de los cuales se apoya, trepando por él con sus sepulcros de mármol.

La impresión que me ha causado este célebre cementerio, es la misma que experimento en todos los de su especie: siempre hay en ellos algo de declamatorio; la muerte, tema de composición, modelo de escultura. Hay aquí columnas, pórticos, estatuas, galerías, alas y flores de mármol. ¿ Los muertos? ¡ Oh! ¡ Los muertos! No se piensa en ellos.

¡ Qué distinta es la impresión que produce una cruz de madera clavada en el suelo!

Aquí el protagonista es el muerto; allí es la estatua; aquí, bajo la cruz, parece que se siente el hombre que duerme el sueño de la tierra; algo del

muerto filtra á través de la yerba; allí, francamente, no se siente nada : se compara una estatua con otra, se estudia la composición, el modelado, el pliegue; se pregunta por el autor, y algunos preguntan por lo que ha costado el monumento.

¿Y el muerto? El muerto tiene que ser aquí más indiferente que en otras partes, pues se ve á veces un monumento modesto que encierra las cenizas de un grande hombre, y otro colosal á su lado, espléndido, con ángeles de mármol que tocan la corneta, y lanzan al aire el nombre de un rico fabricante de fideos ó de un negociante de aceite de oliva.

Veo aquí, por ejemplo, algo muy curioso. Una buena mujer del pueblo ha logrado hacer fortuna vendiendo tortas y pasteles por las calles, y ha invertido gran parte de ella en erijirse un monumento en el cementerio. Aquí está su estatua de mármol admirablemente ejecutada; viste la anciana el traje de vendedora ambulante; lleva en la mano una rosca, y ha hecho grabar su epitafio en el pedestal, redactado en gracioso dialecto genovés. En él declara que ha ganado dinero vendiendo tortas, y que en nada ha creído invertirlo mejor que en hacer su estatua.

Pero la viejecita vive, y va de vez en cuando al cementerio á visitarse.

No hay duda : aquí se piensa poco en los muertos ; hasta los vivos les hacen competencia.

Y al contrario : si en presencia de una cruz clavada en la tierra, no se piensa en el pobre hermano

que allí duerme, ó en Dios, ó en las vagas melancolias de los horizontes lejanos, ¿ en qué se piensa entonces? .

Algunas notas me sacudieron, sin embargo, al recorrer las grandes galerías pobladas de estatuas : las inscripciones bíblicas ó calcadas en el libro santo. Es que este es un cementerio cristiano.

Un viejo de mármol sobre un sarcófago levanta el brazo desnudo y descarnado, en actitud imperativa. A su pie está escrito :

Ossa arida audite verbum Domini.

Un escalofrío recorrió mis huesos.

En la rotunda central del cementerio hay ocho estatuas colosales que la circundan : allí están algunos patriarcas y profetas; allí Eva, nuestra primera madre; allí Adán.

Al pie de la estatua de Adán, han escrito, ¿quién lo habrá escrito? este verso del Dante, que cayó como una montaña sobre mi cabeza :

« *Sol per mia colpa qui la morte impera.* »

Sólo por mi culpa impera aquí la muerte.

Nada conozco más grande, después del libro santo.

Y nada más dulce que el ¡O *Cruz!* *Ave spes unica.* ! Oh Cruz! ¡Oh la sólo esperanza! que se lee varias veces escrito con letras de oro en las cruces de los sepulcros.

¡ Esperanza! Los sepulcros paganos vivían sólo

del pasado; eran árboles que se nutrian sólo de la tierra por las raíces. *Que la tierra te sea leve*, decían ellos. Nosotros decimos: ¡*Descansa, duerme, espera en paz!* La tumba cristiana se abre al porvenir; vive de sus flores, de la cruz abierta sobre ella y sobre la que llueve la esperanza.

Después de hundirse el alma en esas cifras misteriosas, ¿cómo prestar atención al amable amigo italiano que me acompaña y me dice mostrándome otra estatua: « Esta es de Saccomano; aquella es de Rota; esotra, que es de Monteverde, costó 100,000 francos »?

¡ Qué desengaño!

¿ Entonces el *Ave spes unica* también costó dinero?

¡ Oh soledad!

El gran cementerio está situado, como antes te he dicho, entre dos cerros próximos; se apoya en uno de ellos y trepa por él. En el plano hay dos amplios patios circundados y divididos entre sí por dos galerías sobrepuestas, cerradas de un lado y abiertas al patio por arcadas de orden dórico. Ambos patios se comunican por grandes portadas. En los muros de las galerías y bajo los arcos, lo mismo que en los intercolumnios, hay sepulcros de mármol de gran riqueza. En los patios, entre la yerba que los tapiza, hay cruces clavadas en el suelo, y que miran con asombro los suntuosos sepulcros de las galerías.

Entre estos hay algunos notables, aunque no todos lo son: hay aquí mucho mármol esculpido y sin alma. Pero no puedo detenerme á apreciar el arte al salir del cementerio, y, sobre, todo, cuando resuena en mi oído, como si hubieran disparado un cañonazo, el verso del Dante, de arte y verdad soberanas:

¡Sol per mia colpa qui la morte impera!

Sin embargo: ¿cómo olvidar por completo la personificación del *sueño eterno* de Saccomano? Una mujer, que es de piedra, aunque no lo parece, duerme sentada en el umbral y apoya la cabeza en la puerta de mármol negro del un sepulcro. En la mano derecha tiene una amapola, el sueño; en la izquierda una serpiente que se muerde la cola, la eternidad.

Esa mujer no está muerta, respira, su aliento es tibio; y es, sin embargo, el más hermoso símbolo de la muerte. Ante ella se guarda instintivamente silencio; sería un delito despertarla.

Recuerdo también una hermosa Virgen de Monteverde; una niña que flota sobre un rosal, ligerísima y casi transparente, de Rota; y, por fin, la parte más hermosa sin duda alguna de todo el cementerio que es la que sube por el cerro, poblando á este de sepulcros hasta la cumbre.

Allí las tumbas están solas, aisladas, colocadas sin simetría. Una aprovecha un pedazo de roca del cerro y ofrece un nombre sobriamente escrito en

la piedra; otra se oculta en una gruta y bajo los árboles que dan sombra á su entrada; otra se extiende entre la maleza natural que casi borra la inscripción.

Se sube hasta allí por caminos casi incultos, muchas veces difíciles, caminando entre sepulcros en que se siente la muerte, sin sentirse el arte, aunque allí lo hay y grande: el arte verdadero, el que sugiere, no el que imita; el que, en música, despierta en el alma la tempestad sin imitar truenos y rayos y granizo; el que, en pintura, hace de un paisaje un estado del alma sin pintar figuras; el que, en poesía, encarna una verdad suprema, aunque el tipo creado no sea verdadero ni tomado fotográficamente del natural exterior.

Descendamos del cerro de la muerte; crucemos de nuevo las grandes galerías y visitemos la ciudad.

Génova es hermosa; es y quiere ser una ciudad moderna; trabaja frenéticamente por darse ese carácter; abre nuevas calles, derriba lo que se opone á su paso triunfal, bien sea edificio, barrio ó roca por dura que sea. Se ven aquí cerros de piedra que han sido cortados por su base, como pudiera hacerse un sencillo desmonte, y convertidos en un llano, en que se prolongan las principales calles de la ciudad que antes tropezaban en la roca.

Me parece que hace bien: Génova, como ciudad de antigüedades, no podría competir con otras

ciudades de Italia; mientras que, como ciudad moderna, no está lejos de ocupar el primer puesto, si es que ya no lo ocupa.

No quiere esto decir que no encierre tesoros de arte arquitectónico. La *Catedral* de siglo XI, de piedras de mármol blanco y negro, alternativamente colocadas, es un ejemplar interesantísimo de aquel arte toscano que precedió al renacimiento del siglo del Dante y de San Francisco en esta gloriosa Italia, casa solariega del arte cristiano; la *Santa Annunziata*, es riquísima, sobre todo por su decoración: el palacio *Real* que detenidamente visité, lo mismo que los del *Municipio*, *Ducal*, *Durazzo*, etc., son nobles vestigios de la grandeza de la Génova medioeval que, por sus construcciones, supo conquistarse el dictado de *soberbia*.

¡Que no me olvide de citarte la preciosa iglesia de la *Sine Labe* ó *Concezione*, en que me tocó oír la misa dominical, y que es una verdadera joya de arte moderno y de riqueza!

Si no tuviera necesidad de escribirte al correr de la pluma, y si mi objeto no fuera el de comunicarte impresiones solamente, te describiría ese transparente templo de Génova.

Pero puesto que sólo deben ser mis cartas sensaciones de viaje, y este mío es demasiado rápido por desgracia, allá va la última impresión para cerrar la presente epístola.

Dejé á Génova con pesar: su naturaleza esplén-

dida me atraía; sus colecciones de cuadros me reclamaban un estudio especial que he de hacer más adelante, cuando pueda comparar las distintas galerías pictóricas que visite; hallé caballerosidad y amable acogida en todas partes; el síndico de la ciudad, que me recibió en el palacio del municipio, me hizo sentir realmente que Génova conoce y ama á Montevideo fraternalmente; y, acogido en el seno de una familia italiana, con franca cordialidad, tuve la suerte de sentir la intimidad doméstica, nota que no siempre es accesible, siendo tan fundamental para apreciar un pueblo, al viajero transeunte.

Pero Pisa, y Roma, y Nápoles, me llamaban. No podía prolongar más mi estadia, y tomé el tren á la tarde.

En nuestra compañía venía un hombre que me pareció excitado: fumaba, chupando á cortos intervalos un cigarro de esos largos y delgados con una paja en el extremo, tan comunes en Italia; se asomaba á ambas ventanillas, pasando por sobre nuestras piernas; deseaba dirigirnos la palabra.

Era un franco tipo italiano; viejo pero muy fuerte aún; de gran bigote gris, y alta frente; mirada serena y noble.

Su posición social era modesta; parecía un hombre trabajador; tenía las manos tostadas y duras.

El tren rodaba en el fondo de largos desmontes y atravesando túneles: no se había visto aún el mar.

En una revuelta del camino, apareció aquél, por fin, plano, sereno, inmenso: algunas velas inmóviles en primer término; en la línea del horizonte crepuscular, un buque de vapor cruzaba esfumado por entre la niebla rosada.

El viejo se echó á la ventanilla y miró al mar largo rato.

Volvióse repentinamente á mi, y me dijo riendo y señalando el barco lejano: Es que allí va un hijo mio. Viene de Nápoles y va á Montevideo y Buenos Aires; va de segundo maquinista.

— Ya seguirá Vd. con ansia ese buque, le dije.

— ¡ Oh! ¡ Oh! Y se encogía de hombros, meneando la cabeza; y se golpeaba el corazón con el puño.

Se sentó á mi lado: yo no lo miraba, pero sentía que se sonaba fuertemente la nariz, con los codos en las rodillas.

Y él miraba al mar, y volvía á mirarnos riendose por fuera. ¡ Y tornaba á mirar la columna de humo lejana!

— ¡ Tiene diez y ocho años! me dijo al fin; y diciéndolo se fué al otro ángulo del coche, sacó su pañuelo de colores, hundió en él la cabeza cana, y su risa estalló en un largo sollozo.

¡ El pobre viejo lloraba!

¿ Querrás creerlo? Yo también sentí un nudo agrio en la garganta, y me hice el distraído mirando hacia afuera. Hubiera abrazado á aquel hombre; hubiera llorado con él.

¡ Oh! ¡ Los poemas del mar!

Leo á Shakespeare y miro el mar, decia el poeta para indicar dos inmensidades.

Yo miraba el mar, y oía los sollozos de aquel padre viejo, que seguía con los ojos un buque de vapor que se hundía lentamente en el horizonte rosado.

PISA

Yo he tenido siempre la obsesión de Pisa; no de Pisa propiamente; de la torre inclinada. No hay duda de que algún cuento me han contado sobre ella, allá en mis años primeros. El niño está siempre dentro del hombre, y no hay porqué no dejarlo pensar y sentir, sentir sobre todo, dentro de nosotros, algunas veces. Es él acaso el que nos proporciona los grandes deleites morales: la admiración sin reserva, el entusiasmo puro, la emoción grandiosa ó llena de ternura, y también esos miedos sin causa que solemos experimentar en el mismo momento en que nos reimos de ellos. El niño y el hombre sienten juntos dentro de nosotros; el primero es acaso la inspiración, la imagen plástica, la poesia, la frase de grandiosa ingenuidad. ¡Las niñerías de Shakespeare con sus Arieles y Calibanes! ¡Y el niño Homero!